

INICIAR, TAREA URGENTE

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA CATEQUESIS DE INICIACIÓN CRISTIANA

Rodrigo Cordero, pbro.*

INTRODUCCIÓN

Cuando llega un nuevo integrante a la familia, los parientes no solo se preocupan del alimento y el abrigo. En la medida que va creciendo, la persona requiere llegar a vivir con sus propias fuerzas y decisiones, pero para ello deberá aprender cómo es la vida común e integrarse a ella. Así, quienes son sus mayores lo ayudarán a evitar el peligro, le entregarán códigos de conducta, le impulsarán a descubrir la diferencia entre el bien y el mal, lo presentarán en sociedad, le contarán sus historias, le mostrarán ciertos ritos e incluso le compartirán su visión trascendente. Este proceso nunca termina, pero busca que ese pequeño ser pueda creer por sí mismo en aquellas cosas que su familia valora, y pueda desenvolverse en un mun-

do lleno de posibilidades, pero también de riesgos ante los cuales debe estar preparado.

En el ámbito de la fe, cuando una comunidad o una familia ayudan a uno de los suyos a encontrarse con Jesús en su Iglesia, mediante el anuncio de cómo la Pascua ha impactado en sus vidas, lo acompañan en el proceso de insertarse en la comunidad y lo guían a introducirse en los misterios de Dios, en el fondo, están haciendo Iniciación Cristiana (en adelante I.C), construyendo un vínculo mayor que el que se da entre el individuo y su entorno social: ahora será entre él, los otros y Dios. Cuando una catequesis ha llegado a ser significativa en la vida de una persona, no lo ha conseguido por una cantidad de contenidos incorporados al bagaje intelectual, ni porque ha sido entretenida. Esa

catequesis ha marcado a la persona porque la ha puesto en contacto con Jesús y la comunidad cristiana.

La I.C debiera ser el horizonte donde se perfila la catequesis, que prepara para la vida y no sólo para un hito en su camino. Es posible pensar que hoy, en nuestra realidad, esa iniciación a la vida cristiana está debilitada. Esto requiere un cambio de mentalidad de la comunidad de agentes pastorales.¹

Catequesis e I.C están íntimamente ligadas. La catequesis debe tener como tarea primordial ser iniciática, mientras que la iniciación, para que no sea un conjunto de eventos aislados, requiere la sistematicidad de la acción catequística.

* Director Departamento de Catequesis Arquidiócesis de Santiago.

En este artículo veremos la I.C como propiciadora de vínculo, porqué consideramos que está debilitada y algunas pistas de cómo podemos preparar nuestras comunidades para cumplir su labor de llevar a las siguientes generaciones al encuentro del Señor.

INICIAR ES PROPICIAR LA VINCULACIÓN PERSONAL

Las tribus, pueblos, civilizaciones, a lo largo de la historia, han desarrollado procesos en los que sus miembros jóvenes son ayudados a dar el paso de la incorporación plena en la sociedad. En general, son ritos y exigencias que se dan en los años claves de la adolescencia.

El denominador común de estos eventos es que no se agotan en un número de signos, sino que implican dejar atrás un hombre viejo para renacer a un ser nuevo y mejor.² En el caso del cristianismo, por los sacramentos somos inmersos en la muerte y resurrección de Cristo y renacemos a una nueva condición. El Directorio para la Catequesis (DC) explica cómo la vida de los sacramentos de iniciación se da en una unidad orgánica que no debe ser de eventos aislados: “los fieles, renacidos en el Bautismo, se fortalecen con la Confirmación, y son alimentados en la Eucaristía. En efecto, es necesario reiterar que «somos bautizados y confirmados en orden a la Eucaristía» (DC, 70).

La iniciación cristiana toma estos elementos. En efecto, hay un conjunto de ritos, signos y enseñanzas, por las cuales la comunidad creyente ayuda a que sus miembros más recientes y/o jóvenes se hagan parte de ella y de su fe. No se trata de una acción que se complete con el esfuerzo eclesial, sino que busca la

adhesión, el paso y la decisión de la propia persona, en la que ella acoge y deja actuar la gracia.

A diferencia de otras iniciaciones, en la Iglesia la relación se da en un triada, no es sólo entre la persona y su sociedad. Acá está Dios y su irrupción histórica realizada por Jesucristo entra en la vida del pueblo: Dios - comunidad - persona. Las coordenadas de la iniciación cristiana se proyectan a la eternidad y a la incorporación de un Pueblo más grande que el que vive en su momento histórico.

Derivado de la primacía de la gracia, se puede reconocer la centralidad que tienen los sacramentos, es cierto. Pero esta noción, con una comprensión simplista, puede caer en el error de hacer catequesis dedicadas a entregar contenidos referidos a los sacramentos, pero que no relacionan éstos con la experiencia humana y, por ello, una vez realizado el rito, se produce la desvinculación que tantas veces vemos en

nuestras parroquias. Ni la catequesis es sólo entregar conocimientos para el rito; ni la iniciación es sólo “cumplir” pasos, pues requiere el tránsito a una relación estrecha con Dios y la comunidad. Cuando no se logra poner de relieve la relación entre el anuncio cristiano y la vida, suceden fenómenos tales como el de los adolescentes que se preparan para la confirmación y luego de la celebración sacramental descontinúan su presencia eclesial.

En una adecuada I.C se combina la gradualidad de la participación humana en la formación con la fuerza de la gracia. Esto lo podemos ver en la definición que hace el Catecismo de la Iglesia, cuando

1- cf. M. G. Rasia, *Iniziazione cristiana e conversione pastorale*, Tau Editrice, 2019, 9.

2- cf. M. Eliade, *Nacimiento y renacimiento*, Kairós, 2000, 10.



sostiene que la I.C es realizada por el conjunto de tres sacramentos: “el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la Confirmación, que es su afianzamiento; y la Eucaristía, que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformado en Él” (CEC, 1275), pero que requiere un camino de etapas con elementos esenciales: “el anuncio de la Palabra, la acogida del Evangelio que lleva a la conversión, la profesión de fe, el Bautismo, la efusión del Espíritu Santo, el acceso a la comunión eucarística” (CEC, 1229).

Hay, entonces, una tensión que es necesario abordar. Por un lado, los sacramentos de iniciación, por conferir la gracia, son -por decirlo de un modo simple- celebrados de una vez, mientras que la iniciación es gradual. En esto se aprecia la combinación del factor divino y humano, la gracia y el proceso de aprendizaje. El catequista es un agente vinculado de estas dimensiones: ayuda en el camino para que cada persona avance, incorpore los aprendizajes necesarios, reciba los sacramentos y se integre a la red de relaciones (Dios-persona-comunidad), pero también es un colaborador de la gracia, en cuanto a que ayuda a que el sacramento sea bien recibido y dé fruto en la vida.³

Por ello, el catecismo (cf. CEC, 1229) utiliza expresiones tales como: llegar a ser cristiano, camino, etapas, anuncio, conversión, profesión de fe, efusión e integración en la comunión, porque ve un proceso complejo en el que convergen diversos actores (la familia, la comunidad, los agentes pastorales, los amigos en la fe, etc.) y factores que concurren para ayudar a la persona a llegar a ser cristiano (y seguir siéndolo).

Desde la época apostólica, la Iglesia fue sistematizando un proceso iniciático que dio forma al catecumenado, en el que la persona y la comunidad se implican mutuamente en el discernimiento y la conversión y en el que la persona iba demostrando su deseo de adherir a la vida de la comunidad y a convertir su corazón y estilo de vida a Jesucristo.⁴ Este camino realizado por la Iglesia, especialmente en occidente, es necesario revivirlo hoy.

Si la comunidad no enfrenta la catequesis como un desafío propio, su evangelización puede ser un conjunto de eventos aislados.

MOMENTO PARA INICIAR

En diversos encuentros presbiterales y de agentes pastorales es posible escuchar: ¿Por qué después de la catequesis la gente abandona la comunidad? Pregunta que hace pensar en los muchos esfuerzos realizados para que el anuncio llegue a la persona y su familia, pero que no tienen el resultado anhelado. Por ejemplo, la catequesis de iniciación a la vida eucarística (CFIVE), que en nuestra Iglesia ha tenido gran fuerza en décadas precedentes, hoy se encuentra, según los agentes pastorales, en un momento difícil, porque las familias no participan como antes, muchas se conforman con “pasar a dejar a los niños” o quieren acortar a unos pocos meses la

participación, y porque los propios equipos de catequistas no logran renovarse suficientemente. Es complejo, además, lidiar con un hecho que en los noventa no existía: hoy la mayoría de las familias no tienen los conocimientos ni las competencias mínimas para ayudar a sus hijos en la iniciación, porque no se han formado en una cultura cristiana como las generaciones precedentes.⁵ Chile es un país secularizado y esto se nota en la disminución de la participación evangelizadora de las familias.⁶

Por otro lado, la metodología de la catequesis, incluyendo sus instrumentos y su lenguaje, son difíciles de conectar con el tipo de aprendizaje de las nuevas generaciones, habituadas al consumo de información breve e intensa de las Tecnologías de la Información y Comunicación (TIC), las dificultades en la comprensión lectora, y otros factores.

Es probable que la base de las dificultades se sitúe en nuestra propia concepción de catequesis: todavía persiste una mirada academicista, basada en la búsqueda de transmitir un catálogo de conceptos, con la esperanza de que éstos, sumados a unas cuantas actividades, permeando la inteligencia, produzcan el encuentro con el Señor. Muchas veces se busca que unas cuantas lecciones provoquen el gusto por la liturgia, la valoración de la comunidad y la prolongación de la fe hacia el resto de la vida, es decir, una catequesis significativa que inicie a la vida cristiana.

Una catequesis significativa, que sea continuadora de la obra de Dios en las vidas e impacte en ellas, requiere tiempo, es un arte que se desarrolla a fuego lento, con pasos simples, pero cargados de la fuerza del Espíritu Santo y de la fe del catequista. En efecto, se trata de una

serie de tareas que se van entretre-
jiendo.

Podemos mencionar como ejem-
plos de buenas prácticas en este
sentido. Los esfuerzos de los equi-
pos de catequistas de niños por
iniciarlos junto a sus familias en
la participación en la celebración
eucarística, con acciones simples,
como visitar la capilla del Santísimo
unos breves instantes para enseñar-
les la noción de presencia real, y, en
ámbito juvenil, el Itinerario Cristo
Vive (de la Vicaría de la Esperanza
Joven, VEJ), que induce un compro-
miso práctico para la semana a par-
tir del Evangelio del Domingo. Estos
pequeños esfuerzos metodológicos,
puestos con constancia y simpleza
en su exigencia y en complementa-
riedad con la enseñanza sistemática
de la fe, pueden ir provocando, gota
a gota, el aprendizaje significativo y
proyectarlo a la cotidianidad.

El Directorio para la Catequesis
sintetiza estas tareas en cinco gran-
des áreas: 1) Llevar al conocimiento
de la fe, 2) iniciar en la celebración
del Misterio, 3) formar en la vida en
Cristo, 4) enseñar a orar y 5) intro-
ducir a la vida comunitaria (cf. DC,
79-89). Estas cinco tareas funda-

mentales deberían estar presentes
en cualquier catequesis que busque
no solo transmitir materias sino,
más bien encaminar a la vivencia
cristiana, suenan bien, pero requie-
ren una comunidad (parroquial,
escolar, movimiento, etc.) que dé
soporte a este camino.

UNA COMUNIDAD INICIÁTICA

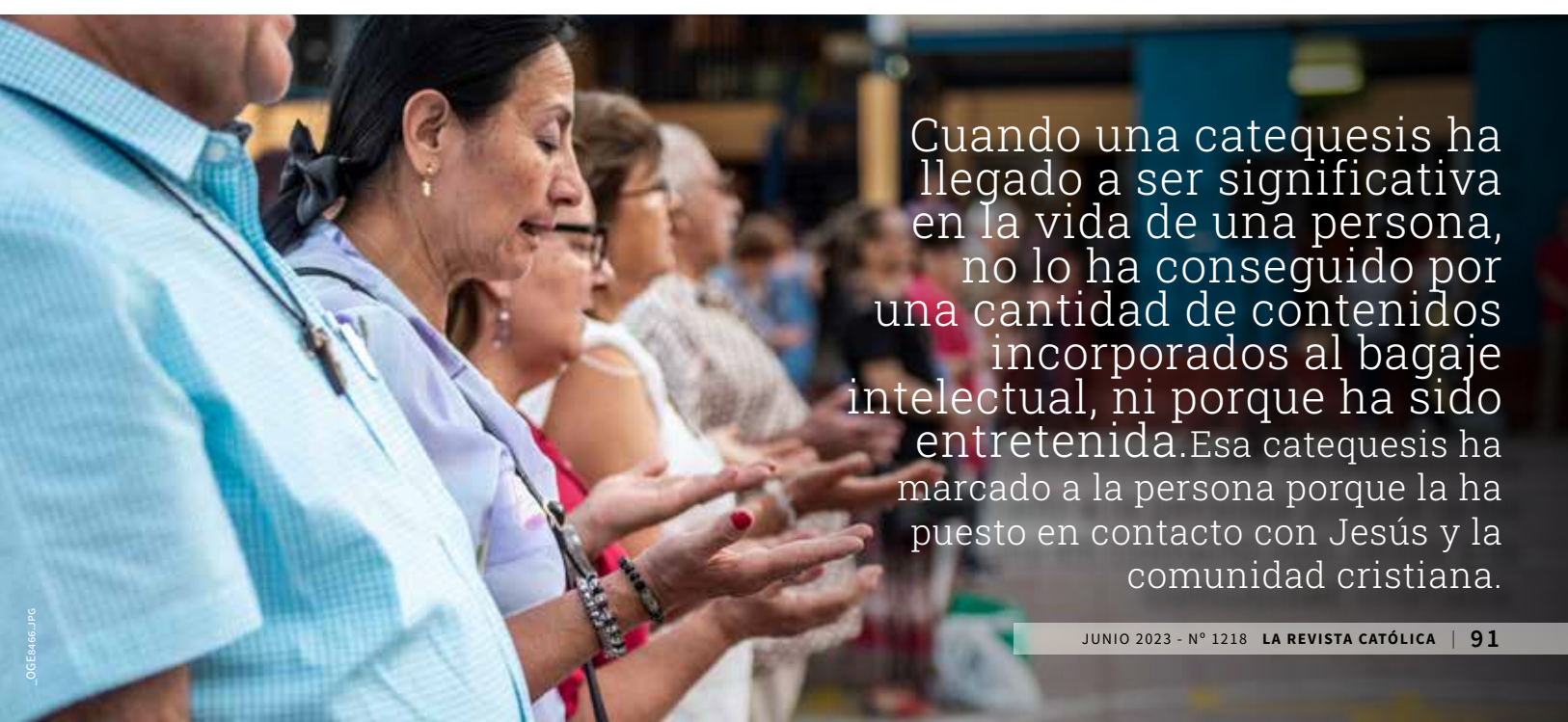
La comunidad cristiana es la respon-
sable de la catequesis (cf. DC, 111),
lo que se deriva de la convicción que
ve a la Iglesia como servidora de la
evangelización y a su vez, a la cate-
quesis como parte privilegiada de
dicho proceso. Así lo expresa el Di-
rectorio cuando dice que “El sujeto
unitario de la evangelización es el
Pueblo de Dios «peregrino y evan-
gelizador»” (DC, 287). Claro, cada
miembro contribuye a su modo,
pero es todo el cuerpo el que se im-
plica. Si la comunidad no enfrenta la
catequesis como un desafío propio,
su evangelización puede ser un con-
junto de eventos aislados.

Para iniciar cristianos, la comu-
nidad debe actuar como un taller
de fe, donde los catecúmenos va-
yan experimentando la riqueza de

la vida común. Similar a cómo las
sociedades introducen a las nuevas
generaciones, los bautizados más
experimentados, con paciencia, pa-
sión y ternura, a imagen del Divino
Maestro, dan la bienvenida, expli-
can, ayudan a comprender, conec-
tan las generaciones, celebran.

Esta línea de acción no sólo se
basa en la convicción de que la ca-
tequesis es una acción eclesial, sino
que también en que hoy se consi-

- 3- cf. A. Zanetti, *Iniziazione cristiana e comunità. Crite-
ri per una verifica sul campo*, Venezia, Marcianum
press, 2022, 167.
- 4- cf. M. Halbach, *Yo, tú, nosotros, juntos: el arte del
acompañamiento es fundamental para recibir y vi-
vir el mensaje del Evangelio en la actualidad*, San-
tiago de Chile, Ediciones Universidad Finis Terrae,
2021, 240.
- 5- cf. Nesi, María Irene, *El desafío de la Iglesia iglesia
doméstica. Reflexiones en torno a la catequesis a
partir de la Familia*, Santiago de Chile, Ediciones
Universidad Finis Terrae, 2020, 67.
- 6- Basamos estas ideas principalmente en los datos
mostrados por la Encuesta Bicentenario UC, que
en su entrega 2021, da cuenta del significativo
descenso de dos índices importantes entre 2007 y
2021: La adhesión a la Iglesia Católica (de un 66%
a un 42%) y la confianza en ella entre los que se
declaran católicos (De un 58% a un 19%); y también
en el descenso grande que informa el índice de
sacramentalización mostrado por las estadísticas
del Anuario de la Iglesia.



Quando una catequesis ha
llegado a ser significativa
en la vida de una persona,
no lo ha conseguido por
una cantidad de contenidos
incorporados al bagaje
intelectual, ni porque ha sido
entretenida. Esa catequesis ha
marcado a la persona porque la ha
puesto en contacto con Jesús y la
comunidad cristiana.

dera que la profundidad de la experiencia comunitaria de los miembros que caminan en la fe, es un factor de fecundidad y efectividad catequística. En efecto, la comunidad tiene el potencial de ser

el lugar de aprendizaje organizado, de producción de significado compartido y sostenimiento a la renovación personal. Ella es el lugar oportuno en el cual realizar el diálogo reflexivo que, confirmando o corrigiendo la valoración crítica de la experiencia de fe, hecha en el momento reflexivo personal, sostiene el proceso de formación.⁷

En ámbito pastoral, se trata una visión integral del aprendizaje y de la iniciación, en la que toda la vida comunitaria se considere formativa, ya sean las instancias explícitamente educativas, como también la red de interacciones que se producen a diario.

En este artículo proponemos a la comunidad comprenderse a sí misma como ese lugar donde se experimenta y se practica la fe, con una disposición general a hacer partícipes a todos sus miembros, especialmente a los más jóvenes. Todos aportan y comparten sus recursos y experiencias, porque son valorados, buscan en conjunto, aprenden según sus posibilidades y así se sienten pertenecientes a una red mayor, como miembros activos. Tomamos unas esclarecedoras palabras del catequeta Emilio Alberich, que plantea la actual conciencia de:

“que la catequesis no es solo cosa de los catequistas; que, quien pasa por catequesis, tiene que haber podido descubrir y vivir la experiencia comunitaria; y que es difícil nacer y creer en la fe sin haber vivido una experiencia concreta de Iglesia. Todo ello nos manifiesta que, en la actual

situación, resulta fundamental e indispensable el contacto y la relación con personas y grupos con experiencia creyente que puedan mostrar y contagiar su vivencia y su historia de fe. No olvidemos que la fe se descubre y se madura al calor de la vivencia, junto a personas y grupos que encuentran en el Evangelio sentido y fuerza para vivir”.⁸

Otro buen ejemplo de catequesis iniciática se da cuando los grupos de catequesis juveniles, como parte de sus actividades, participan de una actividad del club de la tercera edad parroquial, dando espacios para que los adolescentes escuchen de primera fuente la historia de la comunidad, el modo en que han sido acompañados por el Señor a lo largo de la vida, o simplemente, le hagan preguntas sobre cómo enfrentar la existencia.

El proceso de fe no empieza desde cero. En las comunidades cristianas, se comparten aspiraciones, experiencias y deseos personales, al mismo tiempo que se recibe una tradición, se participa de valores y se asume un sistema valórico compartido. Todo este conjunto deriva, a su vez, de la experiencia del encuentro de Dios con su Pueblo a lo largo de la historia.

La recepción de la fe es un proceso que se da comunitariamente, pero ello no se agota en la acción institucionalizada de la Iglesia, porque la autocomunicación de Dios la sobrepasa⁹, lo que hace la comunidad es colaborar, conducir, escuchar, guiar un proceso que Dios obra en la persona.

En términos educativos, la comunidad es un espacio existencial, donde confluyen distintas tensiones que propician el aprendizaje de cada miembro. Esto se produce en

el intercambio llamada-respuesta, en palabras simples, la comunidad trabaja para ayudar de un modo ordenado a la provocación que Dios hace para que la persona responda a su llamado. Esto nunca es unidireccional, porque, de hecho, si es un proceso virtuoso, todos aprenden a su modo.¹⁰

Esto es fundamental: el aprendizaje se produce cuando se asumen, como insumos didácticos, distintos binomios en tensión, tales como: recibir la tradición - abrir nuevos horizontes culturales; acoger con misericordia - plantear exigencias de vida derivadas del Evangelio; poner en común experiencias propias - anunciar la Palabra de Dios, etc. Se trata de una práctica que busca que la propia persona dé a luz el aprendizaje; que ella misma haga la síntesis y que la comunidad y sus catequistas no la reemplacen en esta acción, porque se asume a la Iglesia como espacio existencial, basado en lo relacional en donde se aprende a habitar ese lugar, como aspecto esencial de los valores del Reino.

La comunidad no es un mero espacio físico, de hecho, la teología de la comunión permite comprenderla, análogamente, como un cuerpo que actúa como un sujeto educativo. El “nosotros eclesial” es sujeto, espacio definitorio y forma del proceso.¹¹ Este “nosotros” avanza en la historia portando una memoria cultural y colectiva, que se relaciona con la cultura de cada época y se la propone a cada nueva generación. En este sentido es depositaria de la promesa del Fundador y es su rostro ante el mundo.¹² Por ello, se organiza institucionalmente, para tener una posición adecuada que le permita educar a las personas en el camino de la fe.

INICIAR ES VINCULAR

En esta dinámica, el rol de la comunidad es vincular los polos que tensionan la vida cristiana. Se asocia la memoria colectiva con la experiencia vital de cada uno; los ejes de comunión con Dios y comunión entre los hombres; la memoria-tradición del evento salvífico de Jesucristo con la espera del cumplimiento definitivo; y el encuentro interior con el anuncio, entre otros tantos. Toda esta acción del nosotros eclesial debe hacerse en respeto de la libertad individual. La labor educativa y catequística se desarrolla en un momento marcado por los procesos sociales de individuación por los cuales se ve impelida a reconocer metodológicamente la libertad individual y, al mismo tiempo, a recibir y cultivar la vida comunitaria entorno a un núcleo común, centrado en la comprensión del Evangelio.

Esta comprensión eclesial del Evangelio, por lo que se ha visto, podrá ser siempre más profunda, si conjuga la libertad individual con la actitud comunitaria. A esta comunidad no sólo se ingresa mediante ritos y conocimientos, sino también mediante el aprendizaje de los comportamientos y actitudes del “nosotros eclesial”. Así, la labor educativa se hace generativa.

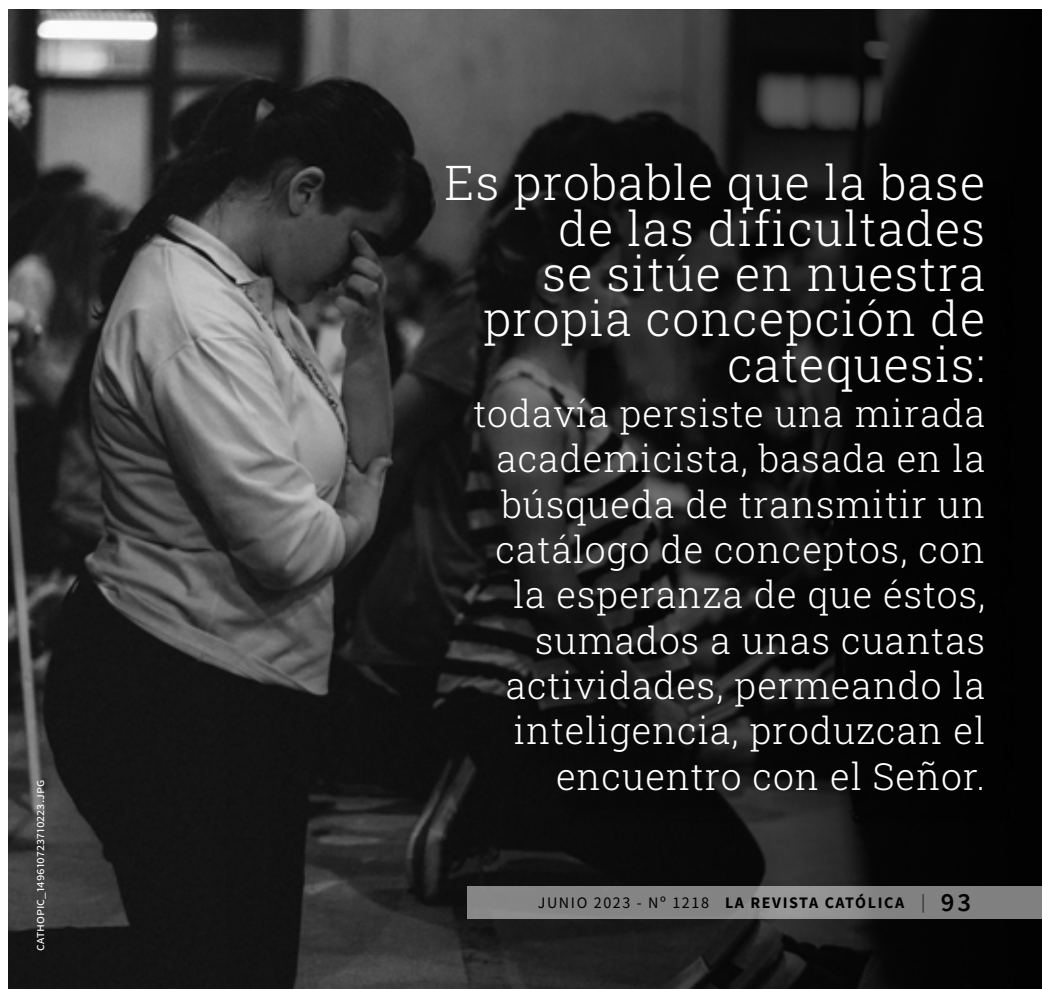
El proceso iniciático convierte a esa persona en miembro activo, que pasa gradualmente a reexpresar y recrear lo que ha recibido cumpliendo el mandato misionero del Señor (cf. Mt 28, 29-20, Hch 4, 20 etc.). Esta misma dinámica ayuda al aprendizaje significativo, porque un contenido se recibe, se interioriza y se sintetiza para expresarlo con las propias palabras. Esto lo podemos reconocer fácilmente en el modo en que una familia que ha participa-

do en la catequesis de sus hijos se siente empujada a anunciar a otros lo que han visto y oído, en algunos de estos casos ellos mismos se inician en el arte de la catequesis como nuevos agentes pastorales. Por ello, por ejemplo, es fundamental que, en un grupo de adolescentes en catequesis, el anuncio a sus pares sea parte del aprendizaje, porque esta acción los incentiva a reelaborar por sí mismos y a experimentar en carne propia lo que vivieron los Apóstoles.

Lo que es esencial en la misión, es también un aspecto imprescindible en la catequesis de hoy. Esta disposición además va contra la tendencia a creer sin pertenecer. Un camino que se observa en muchos lugares del mundo desarrollado, con un vínculo de carácter más bien individualista con la fe.¹³

El catequeta Emilio Alberich plantea que una auténtica iniciación cristiana no puede ser encerrada

- 7- S. Soreca, *La formazione di base per i catechisti. Criteri, competenze e cenni di metodologia*, Roma, LAS, 2014, 88.
- 8- cf. E. Alberich et al., *La situación*, en Asociación Española de Catequetas (AECA), *La catequesis que soñamos*, Madrid, PPC, 2015: 57.
- 9- cf. G. Alessandrini, *Apprendere nelle organizzazioni: la «comunità di pratica»*, en Associazione italiana catechesi – Istituto pastorale pugliese, P. Zuppa (Ed.), *Apprendere nella comunità cristiana: come dare «ecclesialità» alla catechesi oggi*, Torino, Elledici, 2012: 162.
- 10- cf. *Ibid.*, 162-169.
- 11- cf. S. Noceti, *Educare nella comunità cristiana, co-educarsi come comunità*, en Associazione italiana catechesi – Istituto pastorale pugliese, P. Zuppa (Ed.), *Apprendere nella comunità cristiana: come dare «ecclesialità» alla catechesi oggi*, Torino, Elledici, 2012: 78-79.
- 12- cf. *Ibid.*, 80.
- 13- cf. E. Alberich, *Catechesi e Chiesa/comunità*, en Associazione italiana catechesi – Istituto pastorale pugliese, P. Zuppa (Ed.), *Apprendere nella comunità cristiana: come dare «ecclesialità» alla catechesi oggi*, Torino, Elledici, 2012: 45-46.



Es probable que la base de las dificultades se sitúe en nuestra propia concepción de catequesis: todavía persiste una mirada academicista, basada en la búsqueda de transmitir un catálogo de conceptos, con la esperanza de que éstos, sumados a unas cuantas actividades, permeando la inteligencia, produzcan el encuentro con el Señor.

en grupos de símiles o coetáneos, sino que debe considerar la relación intergeneracional para que la perspectiva se amplíe porque, de hecho, desarrollar una vida cristiana integral requiere del apoyo y de la perspectiva de personas experimentadas en la comunidad. Esto amplía el horizonte de los jóvenes, pero también lleva a los mayores a no quedarse estancados en sus perspectivas. En fin, se enriquece el individuo y la comunidad.

El catequista que quiere acompañar significativamente a sus interlocutores en el encuentro con Dios, la comunidad y sí mismo, requiere mirar su rol en una perspectiva relacional. En un tiempo de cambio de época donde muchas veces las personas toman rumbos más bien individuales, la catequesis requiere dar fuerza a una labor que ha estado desde los inicios de la evangelización desarrollando un proceso de incentivo al sentido de pertenencia y a la identificación de las personas al grupo, a la parroquia, a la Iglesia y la sociedad.¹⁴ Esto implica diversas acciones y opciones para un grupo de catequesis, que van desde asumir la ineficacia de toda metodología que deje fuera el encuentro personal y el recurso a la experiencia hasta el acompañamiento personalizado en las instancias comunitarias.

Podemos mencionar otro ejemplo de camino virtuoso en este sentido. Ocurre cuando en una catequesis, como la bautismal para las familias y padrinos que, teniendo poco tiempo para dar acogida y formación, se invita a presentar al futuro nuevo miembro de la Iglesia en la Misa dominical, provocando alegría en la asamblea, dando un pequeño signo catecumenal y, además mostrándole a esa familia la calidez de la vida fraterna celebrada en la Eu-

caristía. Pequeños esfuerzos relacionales que se pueden comportar como detonantes de una experiencia de Dios prolongada.

En estos pequeños esfuerzos iniciáticos de vinculación, el anuncio de la Palabra sale al encuentro de la vida de la persona y viceversa. La experiencia compartida va revelando poco a poco, y sin forzarlo, la interioridad de cada uno, con lo que la pertenencia al grupo va afirmándose y la fe va produciendo que dicho grupo vaya tomando forma de comunidad. Se va pasando de la pertenencia más superficial, muchas veces basada en lo exterior y las actividades, a un vínculo mayor; de este modo, cada miembro no sólo integra sino también “construye” la Iglesia¹⁵, y su incorporación bautismal se hace concreta con vínculos afectivos, valóricos y simbólicos.

Una comunidad que sabe dar importancia a los vínculos permitirá que fructifique la convocación realizada por Dios. La catequesis no requiere instrumentos demasiado sofisticados para esto ni complejas estructuras pastorales, sino más bien empeñarse en ser un espacio de calidez y vinculación, que valore y respete las características de cada persona considerada no sólo como un sujeto receptor, sino miembro vivo que tiene mucho que recibir y al mismo tiempo, que aportar.

CONCLUSIÓN

Al introducir este artículo propusimos abordar el tema de la iniciación cristiana, su naturaleza, los problemas que enfrenta y un posible camino para que nuestras comunidades llevaran a cabo una catequesis iniciadora significativa.

En efecto, la iniciación cristiana ha estado desde los orígenes de

la Iglesia, sistematizando poco a poco un camino integral para que, los llamados a seguir al Señor, encontrándose profundamente con Él, pasasen a entrar en la comunión eclesial como miembros adultos. Este empeño eclesial sigue siendo un camino vigente.

La necesidad de que nuestras catequesis sean iniciáticas se puede sostener al mirar nuestra realidad cultural secularizada y plural en el que las familias ya no producen la transmisión de la fe como en algún momento se vivió. Esto lleva a preguntarnos sobre el rol de las comunidades y unidades pastorales en esta necesidad epocal.

Las comunidades no necesitan grandes planes ni sofisticadas articulaciones metodológicas. La fe, así como es profunda y máximamente rica de contenidos, se puede presentar de modo sistemático, al mismo tiempo que esencial. Esto permite buscar pequeñas acciones que, sostenidas en el tiempo, logren provocar la vinculación de la persona con Dios y la Iglesia. Actualmente hay diversos equipos de catequistas que están bien empeñados en estas tareas.

Las nuevas generaciones requieren encontrarse con Jesucristo en su Iglesia, y nosotros tenemos el mandato de ayudarlas, colaborando con la labor que el Espíritu Santo hace en sus corazones.

Iniciar a las nuevas generaciones a la fe, siempre ha sido necesario. Hoy es urgente.

14- cf. Ibid.

15- cf. Ibid., 51-52.